

Conclusion. — Si habeis comprendido bien, cristianos, los principios y las verdades que acabo de exponeros; si os habeis enterado que la naturaleza, la razon y á la vez la Santa Escritura imponen á los fieles la obligacion de tomar parte en los cantos de la Iglesia; si os habeis dado bien cuenta de que esta participacion tiene por ventajas tributar á Dios de una manera más perfecta las alabanzas que le son debidas, hacernos asistir más piadosa y más fructuosamente á los santos oficios, y edificar á los indiferentes y á los pecadores que tienen la ocasion de oirnos; si habeis comprendido bien todo esto, principio á tener la firme esperanza de que muy pronto se habrá restablecido la antigua costumbre, tã bella y saludable, de los oficios cantados por todas las voces de los fieles reunidos. Esta reforma es de las más faciles: no es necesario más que un poco de buena voluntad de parte de cada uno¹. No se pide á nadie hacer lo que no puede, sino unicamente lo que puede, y esto bastará. Ciertamente, no alcanzaremos desde luego un conjunto perfecto; pero esto no es necesario. Lo que precisa es comenzar y perseverar; la perfección, como todas las cosas, vendrá poco á poco, con la costumbre. Así revivirán las santas costumbres de los hermosos siglos de la Iglesia, y todo el pueblo cristiano ofrecerá de nuevo sobre la tierra como una imagen del cielo.

de Ambrosio debia acabar el triunfo de la gracia. (Mgr. Plantier. *Discurso sobre la musica religiosa*, 16 de Agosto 1860.)

2. ¿ Se trata aqui de una de esas empresas cuyas inmensas dificultades pueden desconcertar los animos más valerosos? Que un cristiano de buena voluntad se entienda con otros fieles para dar la señal y el ejemplo; que apoyado y sostenido el Parroco estimule á sus feligreses á volver á las buenas costumbres de los antepasados, sin temor alguno á las criticas. (Delaporte, loc. cit.).

PARA LA BENDICION DE UN CEMENTERIO

INSTRUCCION UNICA

Los Cementerios.

Lo que son para los muertos. -- II. Lo que son para los vivos.

Antes de proceder, conforme con la autorizacion recibida del Prelado, á la bendicion de nuestro nuevo Cementerio, considero que será útil aprovechar esta ocasion para proponeros algunas reflexiones importantes, pero que rara vez se tiene ocasion y motivo para hacerlo de lo alto del pulpito¹. Al hablaros de los cementerios, deseo exponeros, primeramente, lo que son para los muertos, y, en segundo lugar, lo que son para los vivos. Hé aquí el asunto que espero, os interesará tãnto más cuãnto que es tratado rara vez.

I. — *Lo que son los Cementerios para los muertos.* — Antigua-

1. Vamos á bendecir esta tierra, é imprimirle por la virtud de las oraciones de la Iglesia, un caracter sagrado, que la separará de los campos vecinos, más todavia que el muro de circuito que la rodea. Hasta aqui, recibia en sus surcos las utiles semillas que la mano del hombre arrojaba, para cubrirse enseguida de ricas cosechas que sirven para el sostenimiento de la vida corporal. En adelante, estará consagrada á un cultivo más excelente y más noble. Abrirá su seno para conservar los cuerpos de los cristianos que llevan en si el germen de la inmortalidad. Todos vendremos, unos despues de otros, á descansar en esta tierra santificada. En ella dormiremos, al lado de nuestros padres y amigos, el largo sueño de la muerte, y cuando llegará el dia fijado por la suprema sabiduria, entonces se cubrirá con la magnífica é incorruptible cosecha de los elegidos, que los angeles de Dios transportarán á la eternidad. (El Cardenal Guibert, *Alocucion para la bendicion de un cementerio.*)

mente, los Egipcios, por un culto quizás exagerado por sus muertos, embalsamaban sus cuerpos para conservarlos en estado de momias¹. Cayendo en el exceso contrario, los Griegos y los Romanos de la antigüedad quemaban los cuerpos de los muertos y no guardaban más que las cenizas². Esta manera de destruir los res-

1. Los Egipcios, de los cuáles otros pueblos han aprendido todo lo que civiliza y suaviza las costumbres, inventaron el arte de embalsamar los cuerpos, de secarlos, de salarlos, revestirlos de cera, de miel, de polvo de cedro y toda otra materia capaz de impedir la acción del aire sobre los humores detenidos, de preservar el cuerpo de la corrupción y de hacerlo propio para ser conservado sin peligro en medio de los vivos. Al principio, los cuerpos así embalsamados se conservaban lejos de las poblaciones, y se guardaban en vasos de cristal ó de tierra hechos expresamente. Eran colocados en alguna concavidad aislada ó en arena seca. Pero estas primeras costumbres degeneraron, y muy pronto las casas estuvieron llenas de estos vasos; se los conservaba como el depósito más precioso de las familias y la garantía más sagrada de la fé pública. (Vicq d'Azic, *Obras completas*, tomo 6, art. : *Peligro de las sepulturas*.)

2. Entre los Griegos, en donde el método de la incineración fué tanto tiempo practicado, es cierto que, en el principio, no se conoció más que el enterramiento. Pausanias nos há dejado una muy larga enumeración de las principales sepulturas construidas en Grecia. Dice que estaban situadas en el campo ó á la orilla del mar, al pie ó en la cima de las montañas. Cuando más tarde se imaginó quemar los muertos, sus cenizas fueron colocadas en urnas... En cuánto á los Romanos, adoptaron también desde luego el enterramiento. Levantaron sepulcros á sus padres y á sus amigos, en el centro mismo de sus casas de campo. Los reyes fueron casi todos enterrados en el campo de Marte, y este favor fué concedido á los ciudadanos más respetables. Las Vestales gozaban del privilegio de ser enterradas en la ciudad; al pueblo se dejaba los sepulcros y hogueras comunes. Trecentos años después de la fundación de Roma, la incineración y el enterramiento eran simultáneamente usados. El primero de estos procedimientos se conservó con exclusión del otro, porque importaba en tiempo de guerra poner los manes de los muertos al abrigo de toda profa-

tos de un hombre tiene algo de horrible é inhumano. Sin embargo se há encontrado, en estos últimos tiempos, algunos espíritus retrogados que intentan hacerla revivir, bajo el nombre de cremación. Aunque la fé no esté comprometida en esta cuestión, sin embargo se debe saber que la Iglesia condena la cremación de una manera absoluta¹, porque, entre otras razones, los adeptos á la

nación extranjera. Cuando se reconoció que esta combustión perjudicaba á la salubridad pública, la ceremonia se hizo fuera. La sepultura en el interior de ciudad, reservada primitivamente á las Vestales solamente, se convirtió en prerrogativa de los generales triunfadores y de los sacerdotes de toda clase.... En la Galia, mientras duró la ocupación romana, no se conoció otro modo de sepultura más que el que importaron los conquistadores. Aquí se quemaba los cadáveres, allá se les encerraba en troncos de árboles, ó bien se les confiaba á la piedra ó al mármol de los sarcófagos, enterrando con ellos licores, perfumes y toda clase de utensilios, los unos cómo simbolo de la profesión del difunto, los otros cómo objetos de utilidad ó de agrado cuya posesión les había sido grata. Todas estas prácticas fueron abandonadas ó cambiaron de significación al advenimiento del Cristianismo. (Murcier, *La Sepultura cristiana*.)

1. En Octubre de 1888, la Congregación del Santo Oficio há publicado, sobre la cuestión de la cremación de los cuerpos, la consulta, la respuesta y los decretos siguientes:

« Como un gran número de Obispos y de cristianos celosos comprueban que hombres de fé dudosa ó afiliados á la secta masonica hacen hoy grandes esfuerzos para llevarnos á la costumbre pagana de la cremación de los cadáveres, hasta el punto de establecer sociedades especiales;

« Como temen que los fieles se dejen influir por sus artificios y sofismas, hasta perder poco á poco la consideración y el respeto por el modo de enterrar de los cristianos, basado en la constante costumbre católica, y consagrado por los ritos solemnes de la Iglesia;

« Para que los fieles tengan una regla segura que les permita evitar las indicadas emboscadas, han pedido á la suprema Congregación de la Santa Inquisición romana y universal una respuesta á las preguntas siguientes:

crémacion obedecen principalmente á un pensamiento de impiedad que ellos mismos declaran; porque les parece que, destruyendo el cuerpo, aniquilan el alma del mismo cuerpo, ó prueban que ella no existe. Esfuerzos vanos! El alma no está ya en el cuerpo cuando ellos lo consumen; y aunque estuviéra, ella no escaparía menos facilmente al fuego que á la podredumbre.

Mejor inspirados por las luces de la revelacion, los antiguos patriarcas, y despues de ellos los Judios sus hijos, trataron á sus muertos de una manera á la vez más respetuosa, más decente y más conforme con la naturaleza. Sabiendo que el cuerpo del hombre habia sido formado de tierra, y que despues del pecado de Adan habia sido condenado á ser convertido en tierra¹, respetando la obra de la muerte, se limitaron á dárselo á la tierra. Es así cómo vemos á Abrahán prepararse, en el valle de Mambré, una sepultura para él y su familia. Y cuando su nieto Jacob se trasladará á

« I. ¿ Es permitido afiliarse á las sociedades secretas que tienen por objeto propagar la costumbre de la quema de los cuerpos? »

« II. ¿ Es permitido hacer quemar su cadaver y el de los otros? »

« Los Eminentísimos y Reverendísimos Padres Cardenales, inquisidores generales en cosas de fé, despues de haber seriamente y largo tiempo examinado las preguntas propuestas, y despues del dictamen previo de los reverendos consultores han resuelto responder :

« A la primera pregunta : Nó ; — y si se trata de sociedades afiliadas á la secta masonica, con imposicion de las penas dictadas contra esta secta.

« A la segunda pregunta : Nó, igualmente.

« Y sobre el informe hecho á N. S. P. el Papa Leon XIII, Su Santidad há aprobado y confirmado las resoluciones de los Eminentísimos Padres y há mandado trasmitirlas á los Obispos, para que cuiden de instruir con oportunidad á los fieles con motivo de este abuso condenable de quemar los cuerpos humanos, y de alejar con todas sus fuerzas el rebaño que les está confiado. »

1. In sudore vultus tui vesceris panem, donec revertaris in terram de qua sumptus es; quia pulvis es et in pulverem reverteris. (Gen. III, 19.)

Egipto al lado de José, oirémos recomendar á sus hijos, antes de morir, llevar su cuerpo á este sepulcro.

Los cristianos, ilustrados en este punto por la misma luz que los Judios, adoptaron su costumbre de enterrar los muertos. Durante los siglos de persecucion, los enterraron en subterranos, que se llamaba *tumbas* y *catacumbas*. Frecuentemente se reúnan en estos mismos lugares para celebrar más secretamente los santos misterios¹. Cuando la paz fué dada á la Iglesia, los cristianos consa-

2. Los paganos, para guardar las cenizas de los muertos, construian sepulcros magníficos á lo largo de los grandes caminos y por todas partes en el campo; los cristianos, por el contrario, ocultaban los cuerpos, los enterraban sencillamente ó los colocaban en cuevas, como estaban cerca de Roma las catacumbas. Eran lugares subterranos, abiertos en las venas de arena, de los cuáles los cristianos habian hecho sus cementerios. Se baja á ellos por escaleras, y se encuentra largas calles que, por ambos lados, tienen dos ó tres hileras de nichos profundos en donde los cuerpos estaban colocados; pues la mayor parte han sido sacados. De distancia en distancia son salas espaciaosas, abovedadas y construidas con la misma solidez, y atravesadas con muchos nichos como los de las calles. La mayoría de estas salas estan pintadas con diferentes historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, como lo estaban las iglesias, y en algunos de estos cementerios hay iglesias subterranas. En muchos se há encontrado cajas de marmol adornadas con figuras de relieve que representan las mismas historias que las pinturas; eran sepulcros para las personas más considerables. Cada uno de estos cementerios es como un gran barrio debajo de tierra, y algunos tienen dos ó tres pisos de profundidad; así los cristianos encontraban en ellos retiros bastante seguros en los tiempos de persecucion para guardar las reliquias de los mártires, para reunirse y celebrar los santos oficios. Estos antiguos cementerios habian permanecido desconocidos desde hacia mucho tiempo, habiendo sido cerradas las entradas, y no han sido descubiertos más que á fines del siglo pasado (el decimosétimo). Estos lugares son llamados algunas veces concilios de los mártires, porque sus cuerpos estaban allí reunidos, ó arenas, *arenaria*, á causa del terreno arenoso; en Africa, se de-

graron con bendiciones y oraciones los lugares de sepultura de sus muertos, y los llamaron cementerios ¹.

Y este nombre de *cementerios*, que quiere decir *dormitorios*, nos dá á entender, por sí solo, lo que son los cementerios para los muertos. Efectivamente, son lugares en dónde los cuerpos de los difuntos descansan despues del trabajo de la vida, despues de la fatiga de la peregrinacion, y duermen en cierto modo esperando el despertar de la resurreccion ². Porque es nuestra fé, no solamente que el hombre no

signaba tambien á los cementarios eras, *arez.* (Fleury, *Costumbres cristianas*, n. 31.)

1. Los cristianos de la Iglesia primitiva, para testimoniar su fé en la resurreccion, tenian gran cuidado de las sepulturas, y hacian en ellas gastos en proporcion con su manera de vivir. No quemaban los cuerpos cómo los Griegos y los Romanos, no aprobaban la curiosidad supersticiosa de los Egipcios que los guardaban embalsamados y expuestos á la vista en lechos en sus casa; sino que los enterraban segun la costumbre de los Judios. Despues de haberlos lavado, les embalsamaban y en ello empleaban más perfumes, dice Tertuliano, que los paganos en sus sacrificios. Los envolvian en finos lienzos y telas de seda; algunas veces los vestian con trajes preciosos; los exponian durante tres dias, los custodiaban y velaban cerca de ellos orando, y despues los llevaban al sepulcro. Acompañaban el cuerpo con velas y antorchas, cantando salmos é himnos para alabar á Dios y para expresar la esperanza de la resurreccion. Se oraba por ellos, se ofrecia el santo sacrificio, se daba á los pobres el festin llamado *agapes* y otras limosnas; se renovaba la memoria al cabo del año, y se continuaba, de año en año, además de la conmemoracion que se hacia de ellos todos los dias en el santo sacrificio..... Frecuentemente se enterraba con los cuerpos diferentes cosas para honrar á los difuntos y conservar su memoria, las señales ó distintivos de su dignidad, los instrumentos de su martirio, su épitafio, ó por lo menos, su nombre, medallas, hojas de laurel ó de otro arbol siempre verde, cruces, el Evangelio. Se observaba la costumbre de colocar el cuerpo de espalda, el rostro vuelto hacia Oriente. (Fleury, *Costumbres cristianas*, n. 31.)

2. La palabra *enterrar* no se encuentra en las inscripciones cristia-

muera enteramente, y que tiene un alma á la cuál no alcanzan los golpes de la muerte; sinó que su cuerpo mismo no es tampoco destruido por la muerte. La muerte no hace más que separar los elementos de que está compuesto nuestro cuerpo, no lo destruye. Un dia vendrá en que éstos elementos se reúnan nuevamente por orden y por la omnipotencia de Dios, y nuestro cuerpo vivirá otra vez. Es lo que el santo Job proclamaba, hace siglos, con una fé ardiente: *Yo sé que en el ultimo dia, exclamaba, resucitaré de la tierra; y de nuevo mi piel cubrirá mi cuerpo cómo un vestido y verá á mi Dios en mi carne... Esta esperanza está solidamente afianzada en mi corazon* ¹. Oid al profeta Daniel participar de la misma creencia: *Los que duermen en el polvo de la tierra, dice, se despertarán en el ultimo dia.* Y no exclameis que es imposible. El que há creado las moleculas de nuestro cuerpo y las há reunido una vez, ¿no podrá reunir las otra vez más, despues que la muerte las habrá disgregado? Ciertamente, si la resurreccion será una maravilla, la creación lo es mucho mayor y mucho más incomprendible. Solamente, mientras que la formación de nuestro cuerpo se hace poco á poco é insensiblemente, su resurreccion se hará instantaneamente, así cómo nos lo enseña el apóstol San Pablo cuándo dice: *En un momento, en un pestañar de ojos, al sonido de la ultima trompeta, todos los muertos resucitarán para ser incorruptibles.* Si nuestros cuerpos deben de resucitar y volver á vivir, es

nas. *Depositado en paz... la colocacion de...* tales son las expresiones usadas, es decir, que los muertos no descansan en este lugar más que por un tiempo, hasta que sean llamados. Parecen haber sido confiados á un fiél custodio, pero temporal, como un objeto precioso. El nombre mismo de cementerio despierta la idea de que no es otra cosa más que un lugar en dónde descansan muchas gentes, cómo en un dormitorio; hasta que la aurora aparezca y el sonido de la trompeta del juicio los despierte. Hé aqui porqué el sepulcro no recuerda más que el sitio, ó más especialmente la estrecha mansion, *locus loculus*, de los que han fallecido con Jesucristo. (Wiseman. *Fabiola*.)

1. Job. xix, 25-27.

con razon que se compara la muerte con un sueño, despues del cuál se despierta ; y si la muerte es un sueño, justo es que se llame dormitorio el lugar en dónde se pasa este sueño.

Los cementerios son los dormitorios de los muertos. Cuánto esta creencia levanta y ennoblece el polvo de los difuntos ! A no considerar más que su cuerpo solamente, ellos son esencialmente superiores á las bestias, cuyos cadaveres son disueltos para siempre, y que no volvéran á ver nunca la luz de nuestro sol, ni de ningún otro astro.

Los cementerios son los dormitorios de los muertos. ¿ No es este nombre un argumento contra éstos desgraciados impios, que afectan creer en la éterna disolucion del cuerpo de los difuntos ? ¿ No están igualmente sus practicas en oposicion con su pretendida creencia ? Si no creen en la resurreccion de los cuerpos, ¿ porqué hacen una distincion entre los restos mortales de los hombres y los cadaveres de los animales ? Qué principien por arrojarlos confusamente unos y otros en un carnerario comun, ó bien que los utilicen igualmente para las necesidades de la industria y de la agricultura : entonces se podrá comenzar á creer en la sinceridad de sus afirmaciones ; pero, hasta entonces, es permitido atribuirles lo que dicen á la ignorancia, á la charlataneria y á la impiedad. En todo caso, su doctrina deshonra á los muertos y los despoja de su verdadero titulo de nobleza, colocandolos de hecho, y á despecho de sus ceremonias, en el mismo rango de los animales. Y para ellos nuestros cementerios no son dormitorios de los muertos, sino simples carnerarios.

Aléjemos nuestra vista de estas indecencias. No solamente los cementerios son para los muertos dormitorios en dónde esperan el despertar de la resurreccion ; son tambien cómo avisadores que los recuerdan á la memoria de los vivos, para obtener de ellos oraciones que los alivien, si su alma está todavia en la mansion de la expiacion. Estamos hechos de tál manera que olvidamos pronto lo que no vemos más. Una adhesión formal, una afeccion viva y sincera no es una garantia contra un olvido más ó menos rapido. Otras figuras se presentan, otros sentimientos surgen en el

corazon, y el tiempo borra poco á poco lo pasado. Asi el viajero, al alejarse del sitio que más le há encantado, lo vé desaparecer lentamente, y acaba por perderlo de vista completamente. Del mismo modo el esposo olvidaria demasiado pronto á su esposa, y ésta á aquel ; el padre y la madre á su hijo, y este á sus padres. Pero el cementerio está ahí, y recuerda, á los vivos que pasan, los muertos que le han sido confiados y de los cuales cuida. ¿ Quién podrá pasar por delante de su puerta sin que se levante ante su vista la imagen de los que há amado y que reposan allí debajo de la tierra ? Recuerdo saludable, porque es imposible que en semejantes circunstancias el corazon conmovido no haga subir hacia Dios un ruego á su misericordia, en favor de los que há llamado á él. Hé aqui porqué, antiguamente, los cementerios habian sido tál felizmente colocados alrededor de las iglesias. No se podia ir al templo sin atravesar, al entrar y al salir, la mansion de los muertos. Cuántas oraciones esta piadosa disposicion no valia á los difuntos ¹. En estos ultimos tiempos, el cuidado de la higiéné publi-

1. El mismo motivo que hacia desear á los patriarcas que sus cenizas fuesen réunidas á las de sus padres, hizo muy pronto desear á los fieles ser enterrados al lado de los martires ; era una consecuencia de la confianza que se tenia en su intercesión, y se juzgó que era util que, al entrar en la iglesia, la vista de los sepulcros hiciése recordar á los vivos el rezar por los muertos. Asi se estableció la costumbre de colocar los cementerios cerca de las iglesias, é insensiblemente se concedió á algunas personas el privilegio de ser enterradas en el interior mismo de la iglesia ; pero este ultimo cambio de la antigua disciplina no data más que del decimo siglo. En efecto, se sabe que, por una ley de las doce tablas, estaba prohibido enterrar á los muertos en el recinto de las poblaciones, y esta ley fué observada en las Galias hasta despues del establecimiento de los Francos. Un concilio de Braga, del año 563, prohibió, por su canon 18º, enterrar en el interior de las iglesias, y recordó la ley indicada ; pero permitió hacerlo fuera y alrededor de las paredes. Como los martires habian sido enterrados á la manera de los demás fieles, cuando fué permitido construir capillas é iglesias sobre los sepulcros, ellas se encontraron colo-

ca y de la salud de los vivos há hecho relegar lejos de sus casas, el asilo de los muertos. Si este cambio há tenido para la salud

cadaveria fuera del recinto de las poblaciones: deséando los cristianos ser enterrados allí, no violaban la ley de las doce tablas. Llamóse *basilicas* á estos nuevos edificios construidos en honor de los martires, para distinguirlos de las catedrales, que se llamaba sencillamente *iglesias*. Es todo á lo más en el siglo X, que há sido permitido enterrar en estas ultimas. Para las basilicas, desde el siglo IV^o, vemos que el cuerpo de Constantino fué colocado en la entrada de la de los Santos Apostoles, que él habia hecho construir, y fué enseguida transferido á otra. Tillemont, *Mem.* tomo 6, pag. 402. Gregorio de Tours habla tambien de algunos santos obispos que, en el mismo siglo, fueron enterrados en basilicas colocadas fuera de las poblaciones; l. 10, c. 31; pero cuando estas se han agrandado, las basilicas y los cementerios que las acompañaban, se han encontrado encerrados en el nuevo recinto. *Histor. de la Academ. de Inscrip.* tomo 43, pag. 309. Asi se há introducido una nueva costumbre muy inocentemente, y sin que se pudiese prever las consecuencias (Bergier, *Diccionario de teología dogmatica*, artic. *Funerales*. — Cuando los cristianos de los tiempos antiguos habian levantado un templo á Dios, fijaban el lugar de las sepulturas alrededor del edificio sagrado. Deséaban que sus cuerpos reposasen al lado de la iglesia en donde los fieles iban á orar cerca del altar, en el cuál diariamente corria la sangre del divino Redentor. Parecia á su piedad que á la sombra de la casa de Dios, reposarian más tranquila y más santamente, y que, en el dia de la resurreccion, se levantarian del polvo con más seguridad y mayor confianza en la misericordia divina. — Cuando llegaba el domingo, los fieles se encaminaban con recogimiento hacia la iglesia parroquial para asistir al oficio publico. Antes de entrar en el lugar santo, cada cuál se arrodillaba sobre la tumba de la familia, y con la oracion vertia algunas lagrimas por un padre, una madre tiernamente amada, por un hermano, por una hermana arrebatada muy pronto á su afecion, en fin por todos sus mayores que no habia conocido, pero cuyas virtudes le habian sido contadas en el hogar domestico. Era un dulce y piadoso comercio entre la generacion presente y las pasadas, la vida presente tocaba á la vida por venir, y el tiempo se confundia con la eternidad. Las separaciones eran entonces menos duras de sobrelle-

de los vivos el efecto que se esperaba, no sabrémos decirlo¹. Pero los difuntos han debido ciertamente sufrir. Viendo poco los cemen-

var, las penas menos amargas y los dolores menos desesperados. — Este culto de los muertos, inspirado por la ternura y por la fé, consolaba y fortificaba las almas; les traia frecuentemente tambien buenas y saludables inspiraciones. Cuántas veces el joven, extraviado por sus pasiones, era llamado á reflexion y á su deber por las lecciones que recogia en una sepultura, del fondo de la cuál creía oír advertencias severas de un padre cuya autoridad no habia sido siempre respetada, las exhortaciones que una madre continuaba á dirigirle del otro lado de la vida, y que algunas veces le parecia ver réanimarse y levantarse juntamente con la larga serie de sus antepasados, para censurarle los arrebatos y los desordenes de una conducta indigna de los ejemplos de virtud, que ellos habian dejado, como la más bella porcion de su herencia. — Habia en estas costumbres de otra edad, algo que elevaba los pensamientos á lo alto, que ennoblecia los caracteres, y que esparcia por toda la vida humana una singular gravedad. (El Cardenal Guibert, *Alocucion para la bendicion de un cementerio*.)

1. Es muy bueno alejar de las poblaciones todo principio de contagio; pero se deja subsistir lugares de libertanaje cien veces más mortíferos que la sepultura de los muertos. Entre los que censuran con tanto agror la antigua costumbre, ¿cuántos hay que no buscan alejar todas las ideas funebres, más que con el fin de gustar de los placeres sin mezcla de amargura y sin remordimientos, y que quieren paliar este epicuréismo con pretextos de bien publico? (Bergier, loc. cit.). — Dicese que, por medida de salubridad, se aleja los cementerios de las poblaciones. Pero está hoy oficialmente comprobado que, con la profundidad querida por la ley actual, las sepulturas de los muertos, no solamente alrededor, sino tambien en el interior de las iglesias, son sin peligro para los vivos, aun en el seno de las ciudades más populosas. Tál es el sentido de la respuesta que una comision de medicos dió, en 1840, al baron de Taylor, que los habia consultado. Se opondrá la autoridad de otros medicos pasados y presentes; pero esto que probará? Que la facultad está dividida, lo que sucede frecuentemente, y que es preciso atenerse á la experiencia. Y la experiencia confirma esta decision. Hoy, no se muere menos en Paris que en Madrid, en Francia que en In-